

LA COMUNICACIÓN EN MÉXICO:

Diagnósticos, balances y retos

José Carlos Lozano Rendón

E D I T O R

Francisco de Jesús Aceves González • Jesús Becerra Villegas • María de la Luz Casas Pérez
Cecilia Cervantes Barba • Raúl Fuentes Navarro • Carmen Gómez Mont
Fernando Gutiérrez • Octavio Islas • José Carlos Lozano • Abraham Nosnik
Guillermo Orozco Gómez • María Rebeca Padilla de la Torre • Juan Andrés Rincón
• Enrique Sánchez Ruiz • Mónica Sierra • Ernesto Villanueva



CONEICC



TECNOLÓGICO
DE MONTERREY.

Revisión: Berenice Bañuelos Orozco

Marcela Valera Cato

Portada: Sergio A. Luján R.

Derechos Reservados

© Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2005.

Av. Eugenio Garza Sada #2501, C. P. 64849, Monterrey, N. L.

© Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación, A.C., 2005.

Av. Karakorum # 1245, Loma Dorada 4ª Sección, C.P. 78215, San Luis Potosí, S.L.P. 2005.

ISBN 968-891-087-2

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este documento por cualquier medio sin previo y expreso consentimiento por escrito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey y el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación, A.C, a cualquier persona y actividad que sean ajenas a los mismos.

Índice

SOBRE LOS AUTORES	5
INTRODUCCIÓN	17
JOSÉ CARLOS LOZANO	
PRIMERA PARTE: EL CAMPO DE LA COMUNICACIÓN: DIAGNÓSTICOS, MODELOS Y PROPUESTAS	
1. El campo académico de la comunicación en México como objeto de análisis auto-reflexivo	29
RAÚL FUENTES NAVARRO	
2. La política en las categorías de análisis: Mitos y realidades sobre la globalización, la integración y las identidades	65
ENRIQUE SÁNCHEZ RUIZ	
SEGUNDA PARTE: PRODUCCIÓN, CONTENIDO Y CONSUMO DE MENSAJES COMUNICACIONALES	
3. El estudio de los productores de noticias: desarrollo internacional y avances de investigación en México	91
CECILIA CERVANTES BARBA	
4. La semiótica como metodología en las ciencias sociales	133
JESÚS BECERRA VILLEGAS	
5. Los Estudios de Recepción en México. Un Itinerario	147
GUILLERMO OROZCO GÓMEZ Y MARÍA REBECA PADILLA DE LA TORRE	
6. El consumo y la apropiación de contenidos extranjeros en México	167
JOSÉ CARLOS LOZANO	

TERCERA PARTE: MARCOS LEGALES, PROCESOS ELECTORALES Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

7. Medios y derecho: Viejos problemas, nuevas soluciones 189
ERNESTO VILLANUEVA
8. La investigación académica sobre el papel de los medios de comunicación en los procesos electorales en México 207
FRANCISCO DE JESÚS ACEVES GONZÁLEZ
9. Tendencias hacia la espectacularización y el sensacionalismo en la información política televisiva: un estudio comparativo de noticieros mexicanos, canadienses y estadounidenses 231
JOSÉ CARLOS LOZANO

CUARTA PARTE: DESARROLLO, POLÍTICAS Y USOS DE LAS TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN Y LA COMUNICACIÓN

10. Políticas, regulaciones y factores económicos y políticos en las Tecnologías de la Información y la Comunicación 257
MARÍA DE LA LUZ CASAS
11. Teorías e investigación de internet en México 287
OCTAVIO ISLAS Y FERNANDO GUTIÉRREZ
12. Los usos sociales de las tecnologías de la información y la comunicación en México 303
CARMEN GÓMEZ MONT

QUINTA PARTE: CONCEPTUALIZACIÓN Y PRÁCTICA DE LA COMUNICACIÓN ORGANIZACIONAL

13. La investigación de la comunicación organizacional en México 327
ABRAHAM NOSNIK, JUAN ANDRÉS RINCÓN Y MÓNICA SIERRA

La política en las categorías de análisis: Mitos y realidades sobre la globalización, la integración y las identidades

ENRIQUE E. SÁNCHEZ RUIZ

Universidad de Guadalajara

En este escrito no es nuestra intención, ni acción, «refutar» alguna teoría o concepto, aunque por vía del ejercicio de la mirada crítica, intentamos recuperar esta fundamental característica de las ciencias sociales latinoamericanas que se ha diluido en los últimos tiempos (Rüdiger, 2002; Marini y Millán, 1996). Se trata de hacer una crítica a un cierto uso, más o menos generalizado, de conceptos y nociones de ciencias sociales de una forma que, conciente o inconciente, tramposa o no, mitifica y distorsiona, oculta, *al tiempo que revela*. Lo mismo sucede cuando se manejan, maliciosa o ingenuamente, resultados de investigación empírica, ya sean de naturaleza cuantitativa o cualitativa.¹ Lo que pasa, argumentamos en el escrito, es que es imposible en las ciencias sociales deslindarse completamente de las posiciones, los intereses y los debates políticos. En todo caso, a veces es mejor deslindar las posiciones y los intereses *de quién* son los que favorecen mi postura. Por cierto, nuestro escrito tampoco pretende, de momento, criticar o refutar a teóricos o investigadores particulares, puesto que, repito, con frecuencia muchas de las teorías y conceptos a las que nos referiremos aquí en realidad sí aportan y enriquecen el entendimiento de la realidad a que se refieren.² El gran problema es que algunas de las nuevas aproximaciones se usen acríticamente, e incluso equívocamente, y se tornen en simples *modas*,

¹ Tú haces énfasis en el «vaso medio lleno» y yo en el «vaso medio vacío».

² Mucho menos, por lo pronto se debe leer esto como un «ataque» personal a nadie. Desafortunadamente, por lo poco que estamos acostumbrados al debate claro y directo, cualquier punto de vista crítico suele interpretarse como ataque personal. En este caso, por lo pronto, más bien hablamos de ciertos «malos usos» de lo que en principio son «buenas ideas», por lo que lo criticado es incluso recuperado (no tirado maniqueamente a la basura). Lo más probable es que la razón maniquea de todos modos se afane en buscar descubrir quiénes son «los buenos» y «los malos» de la historia.

lo que solamente logra al final desposeerlas de su poder heurístico, descriptivo o explicativo, cuando incluso se les toma como «verdades absolutas». Un efecto pernicioso de las modas intelectuales es que, un tanto como acción refleja (aunque por una falta de autorreflexividad), tienden a desplazar a los acercamientos preexistentes, cuando a veces todavía no terminaban de demostrar su potencial heurístico, descriptivo o explicativo. Simplemente, pasan de moda.

El fin del siglo se caracterizó por una cierta tendencia a la desacralización de algunos mitos, a la desmitificación de algunas «esencialidades» heredadas de la historia reciente y no tanto. Esto fue seguido a su vez, desafortunadamente, por una tendencia a la sacralización de algunas de las nuevas relatividades, de alguna forma absolutizadas, convertidas en esencias o, por lo menos, en premisas del sentido común académico. Comenta un analista que «la era posmoderna, caracterizada por un furor desmitificante, es paradójicamente pródiga en mitos» (...) «Los mitos posmodernos de la globalización, del fin de las ideologías, del progreso indefinido de la sociedad de la información y de la libertad en un mundo de control social aparecen, en fin, como metarrelatos que sustentan al pensamiento hegemónico, único, imperante en el nuevo orden mundial» (Cocimani, 2004, p. 36). Se trata del movimiento de unas certezas ya sedimentadas en el sentido común de los intelectuales e investigadores, a otras nuevas poco o nada cuestionadas. La verdad, no alcanza uno a determinar si se trata de mutaciones de «episteme», en el sentido de esas grandes configuraciones discursivas que incluso definen el carácter de ciertas épocas de la historia (Foucault, 1974), o si en todo caso son cambios—revolucionarios o no—de «paradigmas», en el sentido de Kuhn (1970), por lo menos cuando elementos de ese nuevo sentido común permean a las interpretaciones de las ciencias sociales.

Comentaremos más adelante casos como el de que los medios de comunicación no ejercen influencias sobre sus públicos, porque los procesos de recepción son complejos y multimedidos, entre otros factores (Miller y Philo, 2001; Biltereyst, 2002). Más en general, entonces, los nuevos mitos constituyen las «nuevas certezas», que sustituyen a las antiguas. Lo más interesante, aunque desconcertante, me parece, es que la mayoría de estos mitos *no necesariamente son mentiras*. Suelen tener una parte de verdad, aunque también suelen no dejar ver otros aspectos de la realidad, como veremos con los ejemplos que se presentan adelante. Usamos entonces el término «mito» en un sentido muy cercano al que proponía Roland Barthes (1977), como un

tipo de discurso, de naturaleza ideológica, que *muestra* lo mismo que *oculta*.³ El mito contemporáneo, especialmente aquel que funciona como concepto analítico de ciencias sociales, es una forma de ideología (Bourdieu y Wacquant, 2000). El mecanismo argumentativo de este tipo de relato consiste en poner énfasis en un aspecto, o dimensión, del fenómeno o proceso al que se hace referencia, y soslayar que puede haber, o que de hecho hay, otras dimensiones, puntos de vista u otros factores. Por ejemplo, hay discursos que definen la «globalización» solamente, o principalmente, en relación con la apertura de mercados a los flujos de «libre» comercio y en los que se soslayan otros aspectos, incluso económicos, pero también políticos, culturales y sociales. Entender la globalización solamente en términos de «apertura comercial» puede terminar produciendo una interpretación parcial e ideológica, limitada, del proceso más amplio (Pires, 2001; Mattelart, 2002a). Este tipo de uso de una categoría como la de globalización puede tener «por efecto, si no por función, ahogar en el ecumenismo cultural o el fatalismo economista los efectos del imperialismo, y hacer aparecer una relación de fuerzas transnacional como una necesidad natural» (Bourdieu y Wacquant, 2000, p. 112). De hecho, diversas imágenes, nociones e interpretaciones de la globalización misma han generado una serie de mitos, además de teorizaciones más formales (Ianni, 1996; 2000; García Canclini, 1999). Por ejemplo, el paso de la sacralización de nociones como Estado, nación, identidad y cultura «nacionales», a su «des-esencialización», su reinterpretación explosiva en términos de «diversidades múltiples» en el caso de cultura e identidades, o su virtual declaración de inexistencia en ciertas versiones posmodernas del Estado, la nación y las identidades nacionales (Beck, 1998; Vilas, 1999). Complementariamente a tomar un fragmento por el todo, está la tendencia a universalizar, o a generalizar sin que necesariamente haya sustento lógico, o empírico, como cuando se afirma que el Estado-nación *ya no existe*, o ya no debería existir.⁴ «El imperialismo cultural —afirman Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant (2000, p. 109) — se apoya en el poder de universa-

³ O, por lo menos, «distorsiona», ya que, dice Barthes (1977, p.121): «El mito no oculta nada: su función es distorsionar, no hacer desaparecer». El caso del poster del negro con la bandera francesa, que muestra a «los otros franceses», al mismo tiempo que oculta—o «distorsiona»—el racismo francés.

⁴ EL Estado-nación, como noción abstracta, no existe sino en tanto concepto, pero los estados nacionales continúan siendo actores centrales en el concierto global (Petras 2001; Osorio 2002; Yúdice 1996).

lizar los particularismos vinculados a una tradición histórica singular, haciéndolos desconocer como tales». Algunos de estos conceptos mitificados-mitificantes se convierten incluso en premisas del discurso intelectual y «científico»:

Estos lugares comunes, en el sentido aristotélico de nociones con las cuales se argumenta pero sobre las cuales no se argumenta, o, en otros términos, estos presupuestos de la discusión que permanecen indiscutidos, deben una parte de su fuerza de convicción al hecho de que están presentes en todas partes al mismo tiempo, desde Berlín hasta Tokio y desde Milán hasta México, y circulan desde los coloquios universitarios hasta los libros de éxito, desde las revistas semieruditas hasta los informes de expertos, desde las conclusiones de comisiones hasta las portadas de los semanarios ... (pp. 109-110).

Entonces, Bourdieu y Wacquant desarrollan una serie de ejemplos en los cuales la aplicación de categorías «universales», procedentes de unas coordenadas espacio-temporales particulares (el mundillo académico estadounidense, en este caso, y como referente del discurso, la propia realidad norteamericana) funciona para interpretar de manera distorsionada o incompleta otras realidades particulares. Este es claramente un ámbito posible para ejercer la famosa «vigilancia epistemológica» (Bourdieu et al., 1975).

De unos mitos a otros. De unas modas intelectuales a otras. En algunos casos, del predominio de unos intereses a otros, como en general ha tenido que suceder en las ciencias sociales a través de la historia (Göran Therborn, 1980). Ese es un problema de los movimientos en el pensamiento, que nos suelen llevar, en ocasiones, de un extremo interpretativo a otro, sin reparar en mediaciones posibles, en puntos intermedios, en cruces de caminos. Es todo, o nada. En otros lados he criticado a las ciencias sociales mexicanas—y latinoamericanas, más en general—, en particular a los estudios sobre comunicación, que en ocasiones se dejan llevar por novedades intelectuales y que repentinamente tiran a la basura conceptos, teorías, enfoques, paradigmas preexistentes, para substituirlos a veces en bloque por otros «nuevos», mismos que en ocasiones en realidad suelen venir a «redescubrir la rueda» (Morley, 1998) y que eventualmente son substituidos por «nuevas» versiones de los anteriores, que a su vez suelen aparecer, por cierto, sin memoria de su anterior presencia (Sánchez Ruiz, 1992; 2000a; Curran, 1990).

Esto también suele reflejar una actitud poco científica, del tipo «todo o nada», muy proclive al maniqueísmo: la creencia de que algo, en este caso un discurso

teórico-metodológico, por ejemplo, es completamente bueno, o correcto, versus otro, que sería completamente malo,⁵ o incorrecto (Sánchez Ruiz, 1992). En algunos casos simplemente nos damos cuenta de que «la verdad» sostenida hasta un momento dado era incompleta y encontramos que un nuevo concepto o enfoque nos ayuda a desvelar un «pedazo» de realidad hasta entonces oculto (SCAF, 1971). Puedo recordar teorías en su momento de auge, que hicieron una gran aportación al entendimiento de los procesos sociales, políticos, económicos o culturales, como la teoría de la hegemonía de Gramsci en los años setenta,⁶ que de hecho fue un puente que permitió el paso de una teoría marxista rígida y en algunos aspectos «funcionalista» de la ideología, hacia quizás lo mejor de los estudios culturales críticos (May, 1977; Hall et al., 1977); o el enfoque llamado de las mediaciones en el estudio de la comunicación y la cultura, en los ochenta (Martín Barbero, 1989; 2002). Muchas de esas visiones pueden responder, aunque no siempre de manera explícita y conciente, a intereses, a ideologías, a posiciones políticas (Biltereyst, 2002). A veces, aun suponiendo que quienes sostienen alguna postura, parten de una pretensión de «objetividad» y que en esos casos haya algún grado de «ingenuidad» de parte del investigador o investigadora, suele pasar que un mito de ciencias sociales, en tanto verdad parcial, tiene de todos modos consecuencias de orden político, tanto por lo que sí revela como — y principalmente — por lo que alcanza a ocultar (Murdock, 2004; Ruiz Contardo, 2004).

En el caso de la investigación sobre globalización, industrias culturales e identidades, no son pocos los mitos y los bandazos, de un extremo a otro, que han servido de obstáculos para ver más claramente lo que realmente acontece en el flujo histórico (Sánchez Ruiz, 2000a). Por ejemplo, heredamos del pasado una noción más o menos cerrada de cultura (se pensaba en una, LA Cultura) como algo más o menos puro y esencial, inmutable, que sería a la vez síntesis y reflejo de una comunidad social, como en nociones populares (y políticas) de «la cultura nacional» (Valenzuela Arce, 1999; 2003). Las nuevas nociones finiseculares, del tipo de la propuesta de Néstor García Canclini (1989) sobre las «culturas híbridas», abrieron una gran veta de

⁵ Lo «bueno» o «malo» tendría connotaciones ideológicas, o éticas.

⁶ A pesar de que Gramsci escribió sus reflexiones en la cárcel entre 1929 y 1935, se le «descubrió» en el marxismo académico hasta fines de los sesenta y fue una referencia importante durante los años setenta.

investigación y de intervención en políticas culturales, al dejar atrás el punto de vista esencialista y ahistórico prevaleciente con anterioridad. Predominó entonces la idea de culturas particulares, múltiples, alimentándose unas a otras, mutando al ritmo del cambio histórico (Mattelart, 2002b). Pero cuando este relativismo se «absolutizó», entonces se perdió de vista que las culturas se desarrollan en pueblos concretos, con capacidades y posibilidades diferenciales de desarrollo, expresión y expansión; que las culturas no solamente cambian al interpenetrarse, sino también *se esfuman* cuando no tienen condiciones materiales para sostenerse y desarrollarse (García Canclini, 2005); se nos olvidó que las culturas constituyen una enorme riqueza no necesariamente material, las cuales son un patrimonio humano que, al ir desapareciendo, podría nunca recuperarse, como los cientos de lenguas que en este momento están en peligro de extinción; olvidamos que las culturas tienen una cierta correspondencia con el poder en lo económico y lo político, que finalmente se traduce en «poder cultural». De hecho, la relativización de la noción de cultura produjo una especie de «populismo cultural», que otorgaba igual peso y poder a las culturas de diferentes sociedades, tanto en la arena internacional, como al interior de los países.⁷ La relativización, «absolutizada», significó el contemplar sin preocupación las desigualdades culturales y el que en el caso extremo, unas culturas van perdiendo elementos y presencia y desaparezcan, mientras que otras, muy pocas, no solamente permanecen, sino que también se extienden por el mundo, así sea «mestizándose» con otras culturas, en procesos como el llamado de «glocalización» (Robertson, 1998; Featherstone, 1990). ¿Quién se preocupa por el poderío de Hollywood, si de todos modos los receptores de sus películas las resemanizan y sus contenidos (por ejemplo, los estereotipos de nosotros mismos) «no nos afectan», sino que incluso podemos llegar a «subvertir» sus propuestas de sentido? Es la «apropia-

⁷ Ojo: me refiero a «peso» o «poder», no a «valor». No estoy valorando las culturas; el problema no es que unas culturas puedan ser más valiosas que otras, sino que, siendo igual de valiosas todas las culturas, algunos pueblos tienen los medios y la capacidad para desarrollar, reproducir y extender sus rasgos, prácticas, elementos culturales, mientras otras no. Poco a poco, algunas de estas últimas, languidecen y mueren. Si nos preocupamos por la desaparición de especies biológicas, animales, etc., sería de seable que también nos preocupásemos de lo máspreciado que tiene el género humano, su cultura (en su concreción múltiple a través de los diversos pueblos con sus propias culturas). Esto tampoco quiere decir que propongamos la salvaguarda de ningún tipo de «pureza» de las culturas existentes.

ción hibridante», de una cultura dominante por parte de culturas que, después de todo, no resultan dominadas, sino quizá todo lo contrario. En la versión extrema, aunque simple, Hollywood resulta una «víctima» de la hibridación cultural. El predominio cultural estadounidense (Sánchez Ruiz, 2004a) y «occidental», más en general, se ha soslayado en aras de un multiculturalismo que, dice algún crítico, en realidad es «mono-multiculturalismo» (Biltereyst, 2002).

Durante la última década ha ido tomando fuerza en los foros internacionales un cierto movimiento en pro de la «diversidad cultural», que demuestra que la relatividad cultural mitificada ha resultado ser un argumento ideológico, que oculta las diferencias en poderío cultural en el mundo. Este poderío cultural ha propiciado una, así sea relativa, homogeneización, dentro de la diversidad que, claro que existe, pero que, después de todo, sí va disminuyendo (Yudice, 2004; Mattelart, 2002b). El *Informe Sobre Desarrollo Humano 2004* se dedicó a «la libertad cultural en el mundo diverso de hoy» (UNPD, 2004). Ahí se comprueba plenamente que no todos los pueblos y etnias somos tan «libres» culturalmente, como la noción mitificada de la relatividad y la multiculturalidad esencializada parecía implicar. Recientemente, García Canclini (2005) tituló una conferencia: «Todos tienen cultura: ¿Quiénes pueden desarrollarla?». Veamos una extensión de esta discusión, en relación con las identidades.

Entonces, como una dimensión de lo anterior estaría el tema del paso de una noción de *Identidad* en singular, «esencial», monolítica y ahistórica, por ejemplo en lo que se refiere a lo nacional (LA Identidad Nacional), a su explosión en una «múltiple diversidad» de identidades, en plural, todas relativas y cambiantes como el mundo mismo de la globalización (Béjar y Rosales, 1999; 2002; Florescano, 2001). Esta original desmitificación de la noción esencialista de «identidad nacional», sana y correcta en términos analíticos (Hall, 2005), fue reforzada con el descubrimiento de que el proceso de globalización estaba socavando no solamente la idea de «Estado-nación», sino la efectividad histórica del referente de tal idea, en términos del ejercicio de poder de los estados nacionales, a partir la presencia y fuerza de actores trans, multi, y supranacionales, aunque también en virtud del surgimiento de movimientos sociales y otros actores nuevos en las arenas políticas nacionales (Porto, 2004). De repente, con los vientos posmodernos finiseculares, al parecer «desapareció la nación, el Estado y el Estado-nación»; tanto en cuanto «comunidad imaginada» (Anderson, 1992), como en su materialidad con la acelerada «desterritorialización»,

especialmente de los fenómenos y procesos culturales (François, 2000; Levy y Alayón, 2000). La globalización ha modificado los parámetros de la soberanía y ha delimitado—desigualmente—la capacidad de decisión—en algunos ámbitos—de los gobiernos nacionales y modificó las condiciones para el ejercicio de la democracia (Held, 1997; Giddens, 2000). Pero, sin embargo, hay un creciente consenso en que a) el Estado-nación sigue «vivito y coleando»⁸ y b) es necesaria su existencia y actuación, por lo menos de frente a una «mano invisible» ciega e inhumana, productora de injusticias y depredadora del medio ambiente global (Petrás, 2002). Comenta Graham Murdock (2004, p. 26): «... simplemente no es el caso empíricamente de que los estados-nación estén declinando en importancia como las unidades centrales de la organización política y administrativa».

El influyente estudioso inglés de la recepción desde la perspectiva culturalista, David Morley, comenta:

... mi argumento tiene un tono polémico en la medida en que expresa escepticismo sobre las maneras en que, en algunas áreas de los estudios culturales, la crítica a algunas formas de supuesto esencialismo en ocasiones ha llevado a una celebración acrítica de todo tipo de nociones de movilidad, fluidez e hibridez, como intrínsecamente progresistas en sí mismas. En esa escritura celebratoria el foco está usualmente en la habilidad de la gente para rehacer y reformular sus identidades en formas empoderantes. Sin embargo, en mi concepto, con frecuencia se presta insuficiente atención en los procesos mediante los cuales las formas de capital cultural con las cuales la gente puede reformular sus identidades se distribuyen desigualmente y el grado en que muchas personas se ven forzadas a vivir mediante las identidades que otros les han adscrito, en lugar de por identidades que ellos hubieran escogido por sí mismos (Morley, 2001, p. 427).

Por cierto, en este tipo de discursos, sobre las condiciones «post», otra confusión ha radicado entre los juicios de hecho, los conceptos descriptivos, y los buenos deseos—o, en el mejor de los casos, las proyecciones—. Es decir, una cosa es 1) constatar, descriptivamente, que «el Estado ya no existe»; otra cosa, diferente, es 2) constatar una tendencia al debilitamiento del Estado, tal que, si no ocurre una tendencia en el sentido de su fortalecimiento, en poco tiempo aquel desaparecerá; y 3) otra cosa es manifestar por ejemplo que, debido a sus ineficiencias sociales, económicas y políti-

⁸ Queremos decir, con una expresión coloquial mexicana, que sigue existiendo sin lugar a dudas.

cas, «el Estado debería desaparecer». Una ambigüedad de este tipo ocurre en el caso de la propuesta habermasiana de identidades postnacionales. A raíz de los sucesos que fueron ocurriendo prácticamente durante la segunda parte del siglo pasado, que tienen como culminación presente la constitución—y más recientemente la ampliación—de la Unión Europea, los estados nacionales europeos cedieron algún grado de soberanía (Habermas, 2000). Hay quienes han denominado a este proceso como de «integración posnacional» y de ahí que se hable de la posibilidad—y en algunos casos de la necesidad—de la construcción de una «identidad posnacional» (Habermas, 1993). El filósofo alemán habla del paso de una «constelación nacional» a una «constelación posnacional»: «Las sociedades actuales, constituídas en torno al Estado-nación pero rebasadas en sus capacidades por las distintas horneadas de desnacionalización, no tienen más remedio que ‘abrirse’ a una sociedad mundial que se les ha impuesto a través de la economía» (Habermas, 2000 p.85). Si bien la propuesta de Habermas tiene una base histórico-empírica, también y principalmente parte de una fuente ética y normativa. Manifiesta la *aspiración* de superar los «particularismos» nacionalistas, para asumir valores universales, como el Estado de Derecho o imperio de la ley, los derechos humanos, la democracia. Pero este universalismo no consistiría, por cierto, en la imposición de normas, criterios y valores únicos, sino en asumir y respetar la diversidad y la diferencia (Sánchez Ruiz, 2002). Personalmente estoy de acuerdo con la *propuesta ética* de Habermas. Pero he revisado informes del Eurobarómetro e investigaciones académicas sobre este tema en Europa, y al parecer son muy pocos, demasiado pocos, los europeos que han leído a Jürgen Habermas (ibid.). El problema ocurre cuando, como en el caso del antropólogo mexicano Roger Bartra (2001), toma el concepto normativo de Habermas y lo quiere aplicar descriptivamente a la realidad nacional como si fuera ya un hecho, hablando entonces de una «condición posmexicana», de la cual la inmensa mayoría de la población mexicana no se ha enterado todavía (Sánchez Ruiz, 2002). Ojo: no estamos negando que posiblemente sí se estén generando este tipo de identidades «posnacionales» en diversas partes del mundo. Lo que criticamos es la prisa por declararlas *ya* las formas prevalecientes de identificación (Morley, 2001).

En general, el fin del milenio fue una época propicia para declarar extintos o superados una infinidad de conceptos, condiciones, paradigmas, etcétera. Así, no solamente había llegado la postmodernidad, sino también la «post-historia»

(Fukuyama *dixit*)⁹, el post-colonialismo, posiblemente el «post-imperialismo», el «postnacionalismo», etcétera:

Esta tendencia dominante de dejar atrás el pasado se ha inscrito en el debate cotidiano con el añadido del prefijo «post» a las etiquetas que se usan para caracterizar las formaciones definitorias del mundo contemporáneo; modernidad, industrialismo, capitalismo, nación y colonialismo. Dejar atrás esos «posts» es una precondition esencial para un recuento más adecuado del rejuego entre cambios en la comunicación y los patrones más amplios de cambio contemporáneo (Murdock, 2004 p. 20).

Con relación al «posnacionalismo», es verdad que grandes encuestas como la «mundial de valores» que dirige Ronald Inglehart han encontrado que entre las generaciones nuevas, especialmente en los países más desarrollados de Europa, hay una cierta tendencia hacia la disminución del nacionalismo, el «orgullo nacional» y las identificaciones con lo nacional. Pero, de hecho, éstos están lejos de haber desaparecido (Inglehart et al., 2004). Aun más, recordemos que han ocurrido en el mundo diversas guerras recientes por el resurgimiento de nuevas manifestaciones nacionalistas, ligadas con fenómenos étnicos, o religiosos, y desde luego, políticos. Hace poco tiempo, en noviembre de 2004, una gran cantidad de personas en el mundo, que vieron por ESPN un encuentro del fútbol español, entre el Real Madrid y el Barcelona en la cancha de este último, se enteraron de que, como rezaba un letrero gigante, «Catalonia is not Spain». En la negación de una nacionalidad, hay la afirmación de otra. Hay identidad nacional, aunque ésta no sea una «esencia».

México comparte mas de tres mil kilómetros de frontera con Estados Unidos, posiblemente el país más chovinista que existe, estado-nación indudable, en estos tiempos de hegemonía global unipolar (Smith y Jarkko, 2001; Sánchez Ruiz, 2002; Pieterse, 2004). La población mayoritaria de Estados Unidos no se volvió nacionalista la noche del 11 de Septiembre de 2001, sino que ya lo era—y bastante—desde hacía mucho tiempo. Hay además tendencias ideológicas muy fuertes en Estados Unidos que suscriben la doctrina del «destino manifiesto», pero que determinan que es a los sajones, protestantes, a quienes se les encomendó llevar el evangelio de la libertad y la democracia por el mundo... por la paz o por la fuerza. Así, el nuevo

⁹ De hecho, al parecer en la opinión de Francis Fukuyama (2002) la historia ya comenzó de nuevo, gracias al atentado terrorista del 11 de Septiembre.

profeta de la identidad nacional estadounidense es Samuel Huntington (2004), quien primero incitó al «choque de las civilizaciones» (Huntington, 1997) y ahora se queja amargamente de que los migrantes mexicanos les están echando a perder su identidad primigenia, esencial.¹⁰ Estamos los mexicanos, pues, en una situación incómoda y peligrosa, cuando algunos intelectuales posmodernos y políticos «neoliberales» sugieren que tiremos a la basura la propia identidad nacional, teniendo a la orgullosa, prepotente y chovinista potencia nuclear como vecina. Entre otros factores, de ahí que sea necesario examinar el tema de la identidad nacional como un «problema político y cultural» (Béjar y Rosales, 2002; Porto, 2004). Este tema tiene entonces que ver con la política y los accesos diferenciales a recursos de poder: no solamente las armas, también las industrias culturales, de las cuales nuestro país vecino posee la hegemonía incuestionable (Sánchez Ruiz, 2004a; 2004b).

Recapitulemos, entonces, en lo que respecta a las identidades. Parece ser que es ya una verdad suficientemente consensuada (y empíricamente comprobada) que las identidades no son «esencias» inmutables, sino construcciones culturales e históricas que cambian a través del tiempo (Valenzuela Arce, 2000). Está bastante garantizado que las identidades son múltiples, desde el nivel individual, pasando por diversos niveles socio territoriales, e incluyendo algunas identidades «desterritorializadas» y otras transnacionales, ligadas con la migración y la diáspora (Morley, 2001; Sánchez Ruiz, 2002). Pero las diversas identidades coexisten y constituyen recursos simbólicos para unir e identificar grupos pequeños o grandes: desde el barrio o los hinchas del equipo de fútbol, hasta por ejemplo los esfuerzos que hace la Unión Europea por generar una identidad europea, que coexista con las identidades nacionales (Delgado Moreira, 1997; Hall, 2005). De acuerdo con las encuestas del Eurobarómetro, ni los británicos, ni los alemanes ni los franceses han dejado de sentir apego e identificación por sus respectivos países, a pesar de que poco a poco—y diferencialmente—han desarrollado algún grado de identificación con la propia Unión Europea, misma que coexiste con sus identidades nacionales (Sánchez Ruiz, 2002). En el nivel muy superficial de la identificación, de nuevo, hay una gran cantidad de personas en el mundo que no se han enterado de que ya es la

¹⁰ La verdad es que sostengo la hipótesis de que algunas manifestaciones antimexicanas ocurridas durante 2005 estarían, en alguna medida, influídas por el libro de Huntington (2004).

hora del postnacionalismo. Las identidades, pues, no son solamente una cuestión cultural, políticamente neutra, sino que tienen aspectos políticos que, por cierto, mal canalizados, pueden llegar a cosas terribles como la violencia en los estadios deportivos, o a las guerras y las masacres por «limpieza étnica». Pero... ¿Es necesario irse al extremo de negarlas? Es cuestión de cómo se manejan políticamente las identificaciones colectivas.

Otro par de cuestiones míticas, estas relacionadas con los medios de comunicación. Durante los decenios de 1980 y 1990, al tiempo en que los enfoques críticos y totalizantes de las ciencias sociales se iban desplazando y en principio «se derrumbaron» junto con el muro de Berlín, fue tomando auge el enfoque culturalista, que partió en mucho del proceso de conversión de la escuela de Birmingham, del marxismo y la teoría de la ideología, a los llamados «estudios culturales» (Yúdice, 2002). Íntimamente relacionados con éstos, se desprendieron nuevas formas de «análisis de recepción», en especial con respecto a los mensajes mediáticos. Desde el punto de vista epistemológico, se pasó de un predominio de puntos de vista estructurales, holistas e históricos, al de enfoques de índole micro social y micro temporal. De la mirada al bosque, al examen de los árboles. El aspecto positivo de este cambio es que las influencias de los medios se pensaron ahora, entre los estudiosos críticos, como complejas y «multimediadas», incluyendo la atribución de una buena porción de «actividad» de la audiencia, mientras que en los enfoques críticos anteriores, como la teoría de la ideología, se pensaban los «efectos» mediáticos como directos y omnipotentes. Lo problemático fue que la mirada fragmentadora y miope del pequeño espacio posmoderno, no regresó al amplio espectro de lo estructural, estructurante. Nos volvimos expertos en árboles, qué digo árboles, en cortezas, ramas y hojas, es decir, en la diferencia y la multiplicidad, y nos olvidamos de que *también* está la similitud, las conexiones en patrones amplios y la homogeneidad aparente que permite la mirada al bosque. Graham Murdock recomendaba hace poco:

Como C. Wright Mills célebremente arguía en su manifiesto por la investigación social crítica, «las biografías de los hombres y mujeres [individuales] no se pueden entender sin referencia a las estructuras históricas en las que el medio ambiente de su vida cotidiana se organiza» (Mills 1970 p. 175). Igualmente, el análisis de las repercusiones de las fuerzas estructurales de cambio necesita fundamentarse en trabajo etnográfico detallado de la acción cotidiana (Murdock, 2004 p. 23).

Como parte del mito, se decía que los nuevos estudios de audiencia venían a superar a una inexistente «teoría de la jeringa», de origen estadounidense, la cual asumía que los medios tenían efectos directos, inmediatos homogéneos y masivos, en sus públicos. De hecho, los investigadores empiristas estadounidenses habían comenzado a dar cuenta de procesos y variables intervinientes y mediadoras en la operación social de los medios de difusión, desde los años cuarenta, cuando en la investigación electoral se comenzó a identificar influencias mediadoras de la comunicación interpersonal y *diversas formas de selectividad de los receptores* (Sánchez Ruiz, 2004b). Para fines de los años sesenta, junto con la propuesta de la búsqueda activa de satisfacciones en «usos y gratificaciones», también comenzaron los empiristas a diferenciar el horizonte temporal de los «efectos» de los medios en sus audiencias: del corto plazo de la «agenda setting» al mediano y largo plazo del «cultivo» (*cultivation analysis*). En cambio, los investigadores críticos en los años setenta solíamos pensar estos procesos más directos y monolíticos: La ideología dominante se imponía directamente sobre las clases dominadas, las que no tenían acceso a la propiedad y control de los medios de comunicación, entre otros aparatos ideológicos. Fue más bien en el campo crítico donde reinaba algo parecido a la teoría de la llamada «aguja hipodérmica».

Entonces, tanto el culturalismo inglés como el culturalismo latinoamericano, que encabezaron entre otros, Jesús Martín Barbero, Néstor García Canclini y en particular en el análisis de la recepción, Guillermo Orozco, contribuyeron con una mirada más compleja a los fenómenos y procesos de influencia social de las industrias culturales (Sánchez Ruiz 2000a). Un aspecto fundamental de este enfoque, que se puso de moda en Latinoamérica durante las dos últimas décadas del siglo, fue el énfasis que se dio analíticamente a la actividad de los receptores mediáticos. Las audiencias fueron vistas ya no como tábulas rasas inermes que cual esponjas recibieran y absorbieran todo lo que los medios les enviaran, sino con diferentes grados de selectividad y acciones de apropiación, resemantización y «uso» de los mensajes mediáticos. Incluso, se llegó a afirmar que en realidad las audiencias populares «subvertían» tales mensajes (Miller y Philo, 2002). Se cayó en el extremo de un populismo de los receptores (Reaman, 1992), lo que también se denominó «democracia semiótica» (Fiske, 1987). El proceso de recepción era tan complejo, multimediado, y las audiencias eran tan activas y selectivas, lo que se combinaba con la polisemia

propia de cualquier mensaje (también exagerada), que finalmente parecía que los mensajes no ejercían prácticamente ninguna influencia sobre sus receptores. Los emisores no ejercían, en principio, casi nada de poder sobre los receptores (Vassallo de López, 1995). Los medios resultaron, entonces, «hermanitas de la caridad». ¡Ah! Tenían razón los dueños y operadores de medios y los publicistas: Ellos siempre dieron al público únicamente y solamente lo que el público, activamente, pedía, ni más ni menos. En caso contrario, de todos modos la audiencia tomaba de los mensajes mediáticos lo que finalmente quería. Los medios de difusión masiva, entonces, en realidad no afectaban a sus audiencias, cuyas identidades eran múltiples, cuyas culturas eran creativas y contestatarias. Entonces, todos los miles y miles de dólares que se gastan en publicidad transnacional en el mundo, ¿Son absurdos e inútiles, un desperdicio? Pues parece que sí, según el mito populista de las audiencias «impermeables.»

Ante el mito de que la globalización estaba *homogeneizando* culturalmente al mundo, americanizándolo y europeizándolo, surgió el mito contrario de la heterogeneidad irreductible y esencial de las culturas del mundo. La famosa «Glocalización», en realidad no era otra cosa que la «localización» de lo global, *no lo contrario*. Es decir, que el polo supuestamente débil, de los receptores y sus culturas locales, resultó mitificado cuando se les atribuyó una especie de «concha protectora», que si no rechazaba lo global, por lo menos lo asimilaba, hibridaba y lo «inoculaba» con la cualidad de «glocal». «Como en todas las construcciones binarias—comenta Murdock (2004 p. 27)—, hay la tendencia a esencializar los dos términos, construyendo lo ‘local’ como la esfera de la autenticidad y de la autocreación y lo ‘global’ como el dominio de lo preempaquetado e inauténtico». Lo que finalmente encontramos es que se logra una cómoda coexistencia en cada cultura «local» de los elementos propios, con los «globales», es decir, los provenientes de la industria cultural transnacional, y los sujetos desarrollan «estratos de identidad», donde cabe desde luego uno de «identidad global» (Straubhaar, 2001). Se trata del «monomulticulturalismo» de que habla Naomi Klein (citada por Biltereyst, 2002), en la medida en que prácticamente todos los pueblos del mundo compartimos ese estrato «global» (es decir, la influencia de las transnacionales).

Los medios siguen ocupando, entonces, lugares importantes en las estructuras de poder, tanto a nivel nacional, como, y principalmente, en el concierto internacio-

nal. Las industrias culturales transnacionales continúan operando a escala global, en todas las «localidades», interactuando, mestizándose, «glocalizándose». Finalmente por ejemplo en estudios sobre las relaciones de los medios con la política, aquellos al parecer sí cumplen diferentes roles y ejercen diversas formas de influencia entre sus audiencias, si bien activas, selectivas y mediadoras (Sánchez Ruiz, 2004b). En una amplia revisión reciente de la literatura sobre las influencias culturales de los medios estadounidenses en el mundo, Daniel Biltereyst (2002) encuentra que, si bien no hay evidencias claras ni para afirmar ni para negar la famosa «americanización», lo que sí es muy claro es que la manera en que se hacen las preguntas y se realizan los diseños de investigación, implica al mismo tiempo la toma de una posición política. Concluye así este autor que hay un debate político subyacente en esta línea de investigación, que debe aclararse en la discusión.

El decenio de los ochenta fueron los años en que el mundo en su conjunto observó un repunte de la derecha, con el ascenso del pensamiento—traducido en políticas públicas—neoliberal. Los años en que Estados Unidos y Gran Bretaña se retiraron de la UNESCO, en virtud de que en su seno se patrocinaban estudios que mostraban las enormes desigualdades en el campo de la información y la comunicación, y se proponían formas para disminuir la inequidad, en un «nuevo orden mundial de la comunicación» (Sánchez Ruiz, 2005). Es decir, en el mundo no solamente ocurrían cambios epistemológicos, teóricos o metodológicos, sino que también había cambios en los paradigmas dominantes de la política y la economía y, desde luego, en las correlaciones de fuerza, pues al cabo de la década de los ochenta, pasamos de un mundo bipolar, a uno hegemonizado por una sola gran potencia en lo militar. Como ya comentamos antes, las definiciones aparentemente más «técnicas» y de índole supuestamente cognitiva, no están extentas de reflejar posturas, o por lo menos de tener consecuencias de carácter político (Biltereyst, 2002; Yúdice, 2004).

Un último mito. Se ha afirmado que, en realidad, América Latina (el subcontinente entero, completo, según el manejo discursivo hecho por muchos autores durante las últimas décadas), no tenía por qué preocuparse por las influencias culturales transnacionales, puesto que—y esto era ya parte del sentido común—era autosuficiente y hasta superavitario en materia audiovisual. Para ser más precisos, en materia televisual. Algunos autores, ayudados por la publicidad y las relaciones públicas de empresas como Televisa y TV Globo, habían «vendido la imagen» de que

Latinoamérica era exportadora neta de programas televisivos y que sus telenovelas se encontraban por todo el mundo (Marques de Melo, 1990; 1995; Sinclair, 1999). La versión más moderada era que, en realidad, América Latina era productora y exportadora, a todo el orbe, de telenovelas. Además, en virtud de la «afinidad cultural», los públicos latinoamericanos tendían a preferir lo propio y en segundo lugar lo culturalmente próximo, es decir lo proveniente de otro país latinoamericano, quizás, por ejemplo, de España (Straubhaar, 1991).

La investigación empírica muestra que, en primer lugar, no es América Latina sino unos pocos países, los que producen y exportan programas de televisión (Abornoz, 2000; Sánchez Ruiz, 2000b). Pero en realidad, son unas pocas empresas Televisa, TV Globo, Grupo Clarín y el Grupo Cisneros, las que producen y exportan en mayor escala (Sinclair, 1999), y eso no hace a sus países de origen *exportadores netos*, sino que éstos, en el balance global, son *importadores netos*¹¹ de productos televisivos, a lo que, si añadimos el predominio abrumador de Hollywood en la industria cinematográfica, significa una situación de subordinación comercial audiovisual muy grande (Sánchez Ruiz 2004b; 2000b). Eso incluye a los gigantes audiovisuales latinoamericanos, Brasil y México. A pesar de la imagen optimista que se ha creado de estos países, hay investigaciones empíricas recientes que muestran que su presencia, por ejemplo en la televisión Europea, es menos que marginal, particularmente de los dos «grandes», Brasil y México, y específicamente sus telenovelas (Biltereyst y Meers, 2000). Por ejemplo, los informes del proyecto Eurofiction para el caso español, han demostrado claramente que España prácticamente no importa programas televisivos de ficción latinoamericanos (Vilches et al. 2000; 2001; 2004).

En la realidad, la televisión latinoamericana sigue siendo importadora neta. Según un estudio de Media Research & Consultancy-Spain, aun México, que concentraba la mitad de las exportaciones de la industria audiovisual de Iberoamérica en 1997, era país deficitario: en 1996 se estima que tuvo un déficit de 158 millones de dólares y en 1997 de 106 millones de dólares (2,247 millones la región entera) (MR 1997; 1998). Partiendo de datos oficiales, yo calculé que para el mismo 1997 México habría tenido un déficit de 22.7 millones de dólares solamente en la balanza cor

¹¹ Es decir, tan sencillo como que compran más de lo que venden.

cial televisiva (Sánchez Ruiz, 2000c; 2001). Un 87% de las importaciones audiovisuales de Iberoamérica, provenía de Estados Unidos; 6% de otros países europeos y 5% de la propia región. Solamente de televisión, el 95% de las señales importadas vía satélite (925 millones de dólares) y 77% de los programas (más de 900 millones dólares), provenían de Estados Unidos. Una alta proporción de las señales que se importan se transmiten por televisión de paga, que si bien aun es minoritaria en América Latina, está creciendo de una forma acelerada y sostenida. Por cierto, otra de las falacias en las investigaciones de «flujos televisivos», es que por ejemplo se suele hacer el balance sobre el propio país, pero se suele olvidar hacer el análisis complementario de, en este caso, Estados Unidos, que es la fuente principal de las importaciones. Resulta que ha sido más o menos consistente el caso de que, mientras se «respira con alivio» porque solamente importamos los mexicanos alrededor de una tercera parte de la programación televisiva total (en la tele por aire), pero olvidamos que Estados Unidos pasa entre uno y dos por ciento de su programación, proveniente del extranjero (alrededor de la mitad de eso, de Latinoamérica). Es decir, como dicen los economistas, los términos del intercambio favorecen de lejos al poderoso país del norte (Sánchez Ruiz, 2001).

Colofón

Entonces, si bien efectivamente México, Brasil, Argentina, Venezuela y unos pocos otros países alcanzan a producir una parte mayoritaria de lo que sus respectivas poblaciones ven por la televisión vía aire, es un hecho que de todos modos deben importar una proporción relativamente grande de su entretenimiento televisual. Al crecer y generalizarse la TV de paga, principal importadora hoy en día, se tienen que generar más polos de producción local y regional para cubrir la demanda de programas que se incrementa enormemente. Aquí el problema reside en abrirse al mundo para tener una parte nacional (e, incluso, local) de programación, y otra amplia de origen externo, que permita a nuestras poblaciones conocer manifestaciones culturales, relatos, etcétera, de otros países. Pero acabamos de ver que en realidad nuestras importaciones audiovisuales suelen provenir de un origen principal: Estados Unidos. Esto es aun más el caso con respecto a la cinematografía. Otra vez, según parece, los procesos de «glocalización» audiovisual latinoamericanos son «mono-multiculturales». El panorama actual de las industrias culturales en América Latina

nos muestra que en realidad, tal como lo señalaba hace ya 25 años el informe MacBride (1980), los procesos de producción, distribución-circulación y consumo de productos y servicios culturales siguen siendo altamente concentrados y desiguales, tanto al interior de los países como entre los mismos (Sánchez Ruiz, 2005). Esto tiene implicaciones de políticas públicas importantes, que son orientadas de acuerdo a ciertas premisas, presupuestos y marcos interpretativos. Durante prácticamente los dos últimos decenios del siglo que recién transcurrió, los presupuestos predominantes, teñidos por enfoques neoliberales y «posmodernos», sirvieron para mitificar los procesos mediáticos y culturales dominantes, afectando, si no es que anulando, las posibilidades de políticas públicas a favor de la generación de industrias culturales nacionales competidas y competitivas. El papel que puedan seguir jugando los medios de difusión en la consolidación de la democracia también depende de los puntos de vista de los que se parta, que suelen por necesidad favorecer a ciertos intereses.

Hay intereses detrás de los puntos de vista, implicaciones y consecuencias políticas. Entonces, yo creo que vale la pena repensar si seguimos guiándonos, tanto en la labor de investigación, como en el discurso político sobre los medios, las culturas, las identidades, la globalización, etc., por las medias verdades que favorecen a los intereses privados de las grandes corporaciones de la industria cultural, o por los de la población mayoritaria de nuestros países y sus culturas. Es una apuesta por una verdadera diversidad cultural, o por el «mono-multiculturalismo» de que hablamos antes.

En este escrito no nos interesa llegar todavía a conclusiones y propuestas demasiado puntuales y definitivas. Nos interesaba más bien hacer la provocación y esperar que se genere un sano debate que contribuya a desmitificar «las certezas» que a veces nos impiden ver con claridad la realidad.

Referencias

- Albornoz, L.A. (coord.) (2000). *Al fin solos... La nueva televisión del mercosur*. Buenos Aires: Ediciones CICCUS/La Crujía.
- Anderson, B. (1992). *Imagined communities. Reflections on the origins and spread of nationalism*. London: Verso.
- Barthes, R. (1977). *Mythologies*. Nueva York: Hill and Wang.
- Bartra, R. (2001, abril 21). ¿Puede funcionar un sistema posmexicano? *Este país, tendencias y opiniones*, 121.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Béjar, R. y Rosales, H. (coords.) (1999). *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural*. México: Siglo XXI/CRIM-UNAM.
- Béjar, R. y Rosales, H. (coords.) (2002). *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Los desafíos de la pluralidad*. Cuernavaca: CRIM-UNAM.
- Biltereyst, D. (2002, Julio 21-26). *Globalisation, americanisation and politisation of media research. Learning from a long tradition of research on the cross-cultural influences of US media*. Ponencia presentada en la 23a Conferencia de IAMCR/AIERI. Barcelona.
- Biltereyst, D. y Meers, P. (2000). The international telenovela debate and the contra-flow argument: a reappraisal. *Media, culture and society*, 22 (4).
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2000). Los artificios de la razón imperialista. *Voces y culturas*, 15, (1).
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.C. y Passeron, J.C. (1975). *El oficio de sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Cocimani, G. (2004, agosto-diciembre). Mitos de la posmodernidad. *Revista comunicación*, 13 (2).
- Curran, James (1990, junio). The new revisionism in mass communication research: A reappraisal. *European journal of communication*, 5, (2-3).

- Delgado-Moreira, J.M. (1997). Cultural citizenship and the creation of European identity. *Electronic journal of sociology*, 2 (3).
(http://www.sociology.org/content/vol002.003/delgado_d.html, bajado el 05/10/2005).
- Featherstone, M. (1990). *Global culture. Nationalism, globalization and modernity*. Londres: SAGE.
- Fiske, J. (1987). *Television culture*. Londres: Routledge.
- Florescano, E. (2001). *Etnia, estado y nación*. México: Editorial Taurus.
- Follari, Roberto A. (2002). *Teorías débiles (para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Foucault, M. (1974). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- Français, A. (2000). *El crepúsculo del Estado-Nación. Una interpretación histórica en el contexto de la globalización*. UNESCO-MOST: Documento de debate - n° 47 (<http://www.unesco.org/most/francais.htm>, bajado el 05/10/2005).
- Fukuyama, F. (2002, agosto). *Has history restarted since September 11?*. Conferencia dictada en The Nineteenth Annual John Bonython Lecture. Center for Independent Studies, Melbourne.
- García Canclini, N. (1989). *Culturas híbridas*. México: Grijalbo/Conaculta.
- García Canclini, N. (1999). *La globalización imaginada*. México: Paidós.
- García Canclini, N. (2002). *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires: Paidós.
- García Canclini, N. (2005, febrero 24). *Todos tienen cultura: ¿quiénes pueden desarrollarla?*, Conferencia para el seminario sobre cultura y desarrollo, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Habermas, J. (1993). *Identidades nacionales y postnacionales*. México: REI.
- Habermas, J. (2000). *La constelación nacional. Ensayos políticos*. Barcelona: Paidós.
- Hall, S. (2005). *A identidade cultural na pós-modernidade*. Rio de Janeiro: DP&A Editora.
- Hall, S. (1977). *The hinterland of science: ideology and the sociology of knowledge*. *On Ideology*. Birmingham: Working Papers in Cultural Studies (10).
- Hall, S., Lumley, B. y McLennan, G. (1977). *Politics and Ideology: Gramsci*. C

- Ideology*. Birmingham: Working Papers in Cultural Studies (10).
- Held, D. (1997). *La democracia y el orden global. Del estado moderno al gobierno cosmopolita*. Barcelona: Paidós.
- Huntington, S. (1997). *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Paidós.
- Huntington, S. (2004). *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad estadounidense*. Barcelona: Paidós.
- Ianni, O. (1996). *Teorías de la globalización*. México: Siglo XXI/UNAM.
- Ianni, O. (2000). *Enigmas de la Modernidad-Mundo*. México: Siglo XXI.
- Ingelhart, R. (2004). *Human beliefs and values. A cross-cultural sourcebook based on the 1999-2002 values surveys*. México: Siglo XXI.
- Kuhn, T.S. (1970). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Levy, C., y Monserat S. y Alayón, Rubén (2000, enero-junio). El Estado-nación: entre nuevas y viejas fronteras, en *Revista Venezolana de ciencia política*, 17.
- MacBride, S. (1980). *Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica/UNESCO.
- Marini, R. M. y Millan, M. (coords.) (1996). *La teoría social latinoamericana. Cuestiones contemporáneas*, 4. México: Ediciones El Caballito/UNAM.
- Marques de Melo, J. (1990). Las telenovelas en Brasil. De la nacionalización del género a la exportación para el mercado internacional, en *Anuario ININCO*, 3. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Marques de Melo, J. (1995). Development of the audiovisual Industry in Brazil from Importer to exporter of television programming, *Canadian journal of communication*, 20, (3).
- Martín Barbero, J. (1989). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Pili.
- Martín Barbero, J. (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación y la cultura*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Mattelart, A. (2002a). An archaeology of the global era: constructing a belief, en *Media, culture & society*, 24, (5).
- Mattelart, A. (2002b). *Geopolítica de la cultura*. Santiago de Chile: LOM/Ediciones Trilce.
- Mattelart, A. y Neveu, E. (2004). *Introducción a los estudios culturales*. Buenos Aires:

Paidós.

MR&C (1997). *La industria audiovisual iberoamericana: Datos de sus principales mercados*. 1997. Madrid: Media research and consultancy-Spain.

MR&C (1998). *La industria audiovisual iberoamericana: datos de sus principales mercados*. 1998. Madrid: Media research and consultancy-Spain.

Miller, D. y Philo, G. (2001, septiembre). The active audience and wrong turns in media studies. Rescuing media power, en *Soundscapes*, 4.

http://www.icce.rug.nl/~soundscapes/VOLUME04/Active_audience.html (Bajado el 23/04/2005).

Miller, T. (2005). *Anti-Americanism and popular culture*. Budapest: center for policy studies, Central European University.

Morley, D. (1998, octubre). So-called cultural studies. Dead-ends and reinvented wheels, en *Cultural studies*, 12, (4).

Morley, David (2001). Belongings. Place, space and identity in a mediated world. *European journal of cultural studies*, 4, (4).

Mosco, V. y Schiller, D. (eds). (2001). *Continental order? Integrating North America for cybercapitalism*. Lanham (E.U.): Rowman & Littlefield Publishers.

Murdock, G. (2004). Past the posts. Rethinking change, retrieving critique, en *European journal of communication*, 19, (1).

Osorio, J. (2002, enero-abril). La centralidad del Estado en la mundialización, en *Revista Venezolana de economía y ciencias sociales*, 8, (1).

Petras, J. (2001, 28 de julio). El mito de la tercera revolución científico-tecnológica en la era del imperio neo-mercantilista. *Revista Realidad Económica*. Instituto Argentino para el Desarrollo Económico.

(<http://www.iade.org.ar/iade/Dossiers/imperio/6.18.html>, bajado el 05/10/2005).

Petras, J. (2002, febrero). La centralidad del Estado en el mundo contemporáneo. *CSCAweb*. (<http://www.nodo50.org/csc>a, bajado el 05/10/2005).

Pieterse, J.N. (2004). Neoliberal Empire, en *Theory, culture & society*, 21, (3).

Pires Hindenburgo, F. (2001). «Ethos» e mitos do pensamento único globaltotalitário, en *Terra Livre*, 16, (1).

Porto, M. (2004, septiembre-diciembre). Recuperar a dimensão política da cultura: nosso principal desafio, en *Pensar Iberoamérica*, 7. (<http://www.campus-oei.org/>

- pensariberoamerica/ric07a03.htm bajado el 05/10/2005).
- Robertson, R. (1998, enero-marzo). Identidad nacional y globalización: falacias contemporáneas, en *Revista mexicana de sociología*, 60, (1).
- Ruiz Contardo, E. (2004). La desconocida y manipulada relación entre ciencia social e ideología, en I. Sánchez Ramos y R. Sosa Elízaga (coords.) *América Latina: Los desafíos del pensamiento crítico*. México: Siglo XXI/UNAM.
- Sánchez Ruiz, E. E. (1992). *Medios de difusión y sociedad. Notas críticas y metodológicas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Sánchez Ruiz, E. E. (2000a). Industrias culturales y globalización. Un enfoque histórico estructural, en G. Orozco (coord.) *Lo viejo y lo nuevo. Investigar la comunicación en el siglo XXI*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Sánchez Ruiz, E. E. (2000b). Globalización y convergencia: Retos para las industrias culturales latinoamericanas, *Revista Universidad de Guadalajara*, 20.
- Sánchez Ruiz, E. E. (2000c). La televisión y el sector audiovisual mexicano. Breve examen de flujos asimétricos, en *Revista Universidad de Guadalajara*, 20.
- Sánchez Ruiz, E. E. (2001). Globalization, cultural industries and free trade: The Mexican audiovisual sector in the NAFTA age, en V. Mosco y D. Schiller (eds.) *Continental order? integrating North America for cybercapitalism*. Lanham (E.U.): Rowman & Littlefield Publishers.
- Sánchez Ruiz, E. E. (2002). Identidades en transición en América del Norte: ¿«Identidades posnacionales»? , en *Acta republicana. Política y sociedad*, 1, (1).
- Sánchez Ruiz, E. E. (2004). Hollywood y su hegemonía planetaria: Una aproximación histórico-estructural. *La colección de Babel*, 28. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Sánchez Ruiz, E. E. (2004b). Comunicación y democracia. *Cuadernos de divulgación de la cultura democrática*, 24. México: Instituto Federal Electoral.
- Sánchez Ruiz, E. E. (2005). Aspectos actuales del Informe MacBride. Un punto de vista latinoamericano. *Revista Mexicana de Comunicación*. En Prensa.
- Schaff, A. (1971) *Historia y verdad*. México: Grijalbo.
- Seaman, W. (1992). Active audience theory: pointless populism en *Media, culture and society*, 14 (pp. 301-311).
- Sinclair, J. (1999). *Latin American television: A global view*. Oxford: Oxford University Press.

- Smith Tom W. y Lars J. (2001). *National pride in cross-national perspective*. Informe de investigación. National opinion research center-University of Chicago/ International social survey program.
- International satellite television networks: Gazing at the global village or looking for 'Home' Video? en C. Lin and D. Atkin (eds). *Communication technology and society*. Hampton Press.
- Straubhaar, J. (2001). (Re)asserting national media and national identity against the global, regional and local levels of world television, en J. M. Chan y B. T. McIntyre (eds.) *In search of boundaries. Communication, Nation-States, and cultural identities*. Westport CT: Greenwood Publishing Group.
- Straubhaar, J. (1992). «Beyond media imperialism: asymmetrical interdependence and cultural proximity» en *Critical studies in mass communication*, 8.
- Therborn, G. (1980). *Science, class and society*. Londres: Verso.
- UNDP (2004). *Human development report 2004*. Cultural liberty in today's diverse world. Nueva York: United Nations development program.
- Valenzuela Arce, J.M. (1999). *Impecable y diamantina. La deconstrucción del discurso nacional*. Guadalajara: El Colegio de la Frontera Norte/ITESO.
- Valenzuela Arce, J.M. (2003). Introducción. Crónica y estudios culturales en México. Teorías de la cultura, en J.M. Valenzuela A. (coord.) *Los estudios culturales en México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Valenzuela Arce, J.M. (coord.) (2000). *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte/Plaza y Valdes.
- Valenzuela Arce, J.M. (coord.) (2003). *Los estudios culturales en México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vassallo de López, I. (1995, mayo-agosto.). Recepción de medios, clases, poder y estructura. Cuestiones teórico-metodológicas de investigación cualitativa de la audiencia de los medios de comunicación de masas, en *Comunicación y Sociedad*, 24.
- Vilas, C.M. (1999). Seis ideas falsas sobre la globalización, en J. Saxe-Fernández (coord.) *Globalización: crítica a un paradigma*. México: Plaza y Janés/UNAM.
- Vilches, L. (2000, noviembre). Informe Euroficción 1999: Menos familia y más política, en *Zer*, 9.

- Vilches, L. (2001, noviembre). Informe Euroficción 2000: Entre la innovación y el conformismo, en *Zer*, 9.
- Vilches, L. (2004, marzo 22). Eurofiction España 2004, Informe 2004. (http://antalya.uab.es/guionactualidad/IMG/pdf/eurofiction_2004.pdf, bajado el 05/10/2005).
- Yúdice, G. (1996). Globalización y gobernabilidad, en D. Mato, M. Montero y E. Amodio (coord.) *América Latina en tiempos de globalización: procesos culturales y transformaciones sociopolíticas*. Caracas: ALAS - Universidad Central de Venezuela – UNESCO.
- Yúdice, G. (2002). Contrapunteo estadounidense/latinoamericano de los estudios culturales, en D. Mato (coord.) *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Caracas: CLACSO/UCV.
- Yúdice, G. (2004). Nuevo activismo en tiempos de imperialismo, en D. Mato (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas: FACES-UCV.